



Monumento a Oscar Wilde



ESCRIBE
Sara
Vial

Los ingleses se han dedicado a hacer noticia el último tiempo. El elemento sorpresa, típico de las novelas de Ellery Queen y otros famosos autores policiales, parecen haberlos anidado momentáneamente de sus escándalos monárquicos, más o menos repetitivos en el ámbito social. Después de recurrir a Scotland Yard, que la intelectual elegancia de Sherlock Holmes terminó por hacer parecer de tan fines modales como él mismo, una bruca medianoche londinense, a bordo de una clínica que no es un barco y mucho menos un tanque, la Scotland sin Sherlock logra su golpe maestro, reproducido en todos los diarios, todos los canales, todas las agencias. Como ahora somos un globo cautivo, un globo que se infla sin que nadie lo pueda frenar, un globo que se nos revienta en la nariz si quieren los que mueven los hilos del globo que un día parecía lejano, he aquí, que, como en el Cristo de Valdeca, "de esto no se libra nadie". Curiosos los ingleses. Santa Diana ha desaparecido junto con los acordes de la canción del gordito Elton, que primero fue para Marilyn Monroe. Sus ojos de azules azorados, sus millos de la mano, la bella cabeza inclinada de su hijo mayor.

Una Non Sancta señora, perseverante en todo caso (y hasta no hace mucho la bruja de Blancanieves de Diana) avanza y va tomando terreno ante la "ficción" británica. ¿Terminará haciendo la coronita? Es lo de menos. La partida está ganada post mortem. El príncipe, hasta se ve menos orejón. Hasta quiere más a los niños. Los saca a pasear.

Y ahora, como si fuera poco, Oscar Wilde.

A nadie le importó que el autor "más representado después de Shakespeare" (inglés se entiende, o más justicieramente irlandés) lo metieran hace casi cien años a la cárcel con un pi-

jama a rayas, la cabeza rapada y la condena infamante de los trabajos forzados que posteriormente le iban a significar, a dos años de su salida del presidio, la más abandonada de las muertes.

Se sabe que su mayor error fue basarse judicialmente con el padre de su amigo Lord Douglas, inspirador de la patética Balada de la Cárcel de Reading.

"Todos matan lo que aman. El valiente con una espada, el cobarde con un beso..." Douglas lo había matado, por supuesto sin hacer uso de la espada. Lo había explotado a sus anchas, lo llevaba de la nariz, como se dice vulgarmente, jamás fue a verlo a la cárcel, se apropió siempre de su dinero, y, para mal de males, era un pésimo poeta. Además, seguro que le pegaba. En la plaza de Trafalgar han inaugurado un monumento a Wilde que a primera vista pareciera ser una reivindicación del maltrato (el de la cárcel). Pero es tan feo, que a la segunda mirada... el maltrato prosigue. Más bien nos trae el recuerdo de la conocida novela El Retrato de Dorian Gray, el que a medida que iba aumentando la belleza física del adolescente, iba mostrando la repugnante fealdad de su alma, al punto que el pintor que pretendía plasmarlo en plena hermosura, tenía que esconder el cuadro a los curiosos, velarlo con una tela y hasta colgarle el biondo. Recordemos que lo ocultaba hasta de la mirada de Dorian Gray, que podría haber sufrido un desmayo al contemplarse como realmente era.

Bueno. El monumento inglés para el irlandés Oscar Wilde me recuerda también el cuento de La Bella y la Bestia. Tal vez la escultura permitió que aflorara la Bestia, en una soslayada alusión.

O quizás no hay nada tan sutil y lo que la escultura que modeló esta cabezota bastante ex-

traña y alejada del aire romántico del gran "sandy" es solamente lo que ella quiere. Que la gente se sienta a conversar en la base de mármol, hecha para sentarse en ella (en la foto aparece una bailera) y luego allí sentados los ingleses puedan entrar a conversar "con el personaje más ingenioso que ha tenido la ciudad". Lo malo es que como el gran Ingenioso era él y está muerto hace 98 años, dudo de la gracia de las conversaciones. El nombre del monumento de miss Maggi Hambling, se titula precisamente "Conversación con Oscar Wilde" (1854-1900).

Olvidaba comentar que el autor de El Príncipe Feliz porta en su mano un cigarrillo, lo que lo rebaja un poco porque su preferencia eran los finísimos habanos. Su gesto victoriano aparece menoscabado por los años, y ajalá que ninguno de sus comerciales le coloque nombre de cigarrillo con lo que miss Maggi tendrá que corregir prontamente este motivo. Hay muchos. A Oscar Wilde le gustaban las violetas, las golondrinas, los asfódesos.

El Ruiseñor y la Rosa es su cuento más bello.

Leo también que en julio de este año la Cámara de los Lores estudió una ley para que se autorice a los juveniles ingleses de 15 años el derecho a ejercer lo que en la era victoriana le significó al Marqués de Queensberry, padre de Lord Douglas, poder mandar a la cárcel al pobre escritor que tuvo la mala suerte de nacer 98 años antes de la progresista idea. No sabemos si ésta es una de las más o menos veladas intenciones de este monumento que nos hace dudar que no se haya crigido en Gran Bretaña uno de mejor estética y espiritualidad, que haga mayor honor al paradójico escritor que afirmaba haber puesto todo su genio en su vida... y solamente su talento en sus obras.

Monumento a Oscar Wilde [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Monumento a Oscar Wilde [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)